

Aborrecido sin causa

*“Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Que sin causa me aborrecieron.”
— Juan 15:25*

EL MUNDO RELIGIOSO DE

la época de Jesús lo odiaba y finalmente lo condenó a muerte. Lo odiaban porque su forma de vida era contraria a la de ellos. Con su ejemplo de sacrificio, él condenó el camino de egoísmo y, mediante sus enseñanzas, expuso los errores populares mientras enseñaba verdades impopulares.

Las palabras de nuestro texto inicial, tomadas del Salmo 69:4, fueron pronunciadas por Jesús a sus discípulos durante las horas finales de su ministerio terrenal. Sabía la angustia y el dolor que pronto sufrirían, y se esforzó por preparar sus corazones y mentes para los acontecimientos que pronto se avecinaban. No quería que estos los arrollaran, sino que estuvieran listos para recibir el Espíritu Santo en Pentecostés y participar de los maravillosos privilegios del llamado celestial.—Heb. 3:1

EL DESPRECIO DEL MUNDO

Durante el ministerio de Jesús, los discípulos aprendieron que ser seguidores del humilde y pacífico Jesús no trajo sobre ellos la buena voluntad del mundo religioso de su época. Hubo ocasiones en que las multitudes se agolpaban alrededor de su amado Señor, pero a menudo su motivo resultaba ser cualquier beneficio mate-

rial o carnal que esperaban recibir de Él. Pocos estaban interesados al punto de seguirlo fielmente, o estar dispuestos a hacer sacrificios para ser sus discípulos. - Juan 6:26, 27, 60, 66

Cuando llegó el momento de que Jesús fuera crucificado, sus discípulos creían sin duda que de alguna manera podía escapar de la muerte y asumir su papel como líder y rey de Israel. Ellos estaban familiarizados con las palabras del profeta Isaías que había escrito acerca del Mesías: “Su gobierno y la paz no tendrán fin.” (Isa. 9:7) Sin embargo, ellos no sabían que primero era necesario que él sufriera y muriera por el mundo antes de que las maravillosas profecías relacionadas con la gloria de su reino pudieran cumplirse. Era su esperanza compartir con el Maestro su gloria, la cual creían que estaba cerca.

JESÚS DEBE MORIR

Jesús no ocultó a sus discípulos la necesidad de su muerte próxima. Del relato de las Escrituras, aprendemos: “Desde entonces Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que era necesario que fuera a Jerusalén y padecer mucho a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, morir y resucitar al tercer día.” (Mat. 16:21) Aunque la declaración de Jesús era clara, sus seguidores debieron haber pensado que lo que había dicho tenía algún otro significado.

Jesús sabía que sus discípulos seguían viendo sus privilegios de pertenecer a ese grupo desde el punto de vista de las ventajas materiales y de la gloria que esperaban alcanzar al relacionarse con Él. Él también sabía que, después de Pentecostés, ellos recibirían el Espíritu Santo del entendimiento. Ahora, sin embargo, eran incapaces de aceptar el hecho de que la muerte de su Señor realmente ocurriría.

EL OIDO A LOS SEGUIDORES DE JESÚS

Los discípulos amaban a su Maestro y estaban convencidos de que él era el Mesías divinamente designado, pero aún no comprendían que iba a haber sufrimiento y muerte asociados con su ministerio, antes de la gloria y el honor. Pedro escribió más adelante: “procurando saber qué persona o tiempo indicaba el Espíritu de Cristo dentro de ellos, al predecir los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían.” - 1 Pedro 1:11

En nuestra escritura, Jesús reconoció que él era odiado sin causa, y también explicó: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo: pero porque no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por eso el mundo os aborrece. Recordad la palabra que os dije: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han obedecido mi palabra, también obedecerán la vuestra. Los tratarán así por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió.” - Juan 15:18-21

El Maestro también advirtió: “Miren que llega la hora, y ya es la hora, en que ustedes serán dispersados; cada uno se irá a su propia casa y a mí me dejarán solo. Sin embargo, solo no estoy, porque el Padre está conmigo. Yo les he dicho estas cosas para que en mí hallen paz. En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡ánimense!; yo he vencido al mundo.” - Juan 16:32, 33

Es bueno notar que no fue tanto la advertencia de la dispersión y persecución venidera lo que fue diseñado para dar a los discípulos paz y buen ánimo, sino más bien que cuando llegara ellos entendieran su verdadero significado. Entonces se darían cuenta de que estaban teniendo el gran privilegio de sufrir con Jesús. Él quería que supieran que Él venció al mundo, y que ellos también reci-

birían la fuerza para vencer al mundo si continuaban siendo sus discípulos. Con esta promesa de victoria podrían regocijarse, a pesar de la oposición y persecución del mundo. Saber que sufrían junto con su querido Señor les daría valor para continuar fielmente.

VENCEDORES

En el ejemplo dado por Jesús durante su propia vida, ministerio y enseñanzas, está claro que la vida cristiana es una de lucha contra la oposición. Se libra una guerra continua en la que estamos combatiendo con enemigos formidables que nos dominarían, a menos que se nos diera la fuerza divina para vencerlos. Satanás, el diablo, es el gran adversario del cristiano, y sus aliados son el mundo y nuestra propia carne caída (1 Pedro 5:8; Juan 17:14, 15; Rom. 7:18). Hablando de sí mismo, el apóstol Pablo escribió: “Disciplino mi cuerpo y lo entreno para que haga lo que deba hacer, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser descalificado.” - 1 Cor. 9:27 Versión estándar en inglés.

El término “vencer” se usa para describir la victoria del cristiano sobre el diablo, sobre el mundo y sobre nuestra propia carne. El mal es el fundamento mismo del mundo del cual Satanás es el príncipe. Pablo así los reprendió: “No se dejen vencer por el mal, venzan al mal con el bien” (Rom. 12:21). Juan también alienta: “Todo lo engendrado por Dios vence al mundo: y esta es la victoria [del griego: significa éxito] que ha vencido al mundo, nuestra fe.” - 1 Juan 5:4, Versión Revisada

DIOS ES AMOR

Nuestro Padre Celestial es el creador del amor y ha sido su patrocinador a través de los siglos. Satanás, sin embargo, es el creador del egoísmo. Estos dos principios

han estado en guerra entre sí desde la caída del hombre. El pueblo de Dios, aquellos que le han servido fielmente en todas las épocas, ha sido motivado por su amor por Él. Ellos han sido guiados por Él y su Espíritu, mientras que la mayoría del resto de la humanidad ha vivido su vida controlada en gran medida por el principio del egoísmo.

El hombre fue creado a imagen de Dios, y las huellas de esta imagen aún permanecen y se manifiestan en obras de bondad por parte de muchos (Gén. 1:27). Sin embargo, no es el acto amable ocasional lo que constituye la superación del mundo y su espíritu. Debe ser una conversión del principio de vivir para uno mismo al de vivir para Dios y dedicar nuestras vidas a su servicio. Debido al pecado, el “yo” ha sido adoptado por la familia humana como un motivo dominante de la vida. Se ha convertido tanto en una forma de vida en el mundo que se considera normal. El interés propio es el principio que rige este mundo presente, y Satanás es el “dios de este mundo.”- II Cor. 4:4

AMARNOS LOS UNOS A LOS OTROS

La única manera en que el egoísmo puede ser eliminado, y el principio del amor establecido en toda la tierra como el principio guía de la vida, es a través del plan de salvación de Dios. En Jesús, tenemos nuestro ejemplo más completo del amor como forma de vida. Él no solo nos dio un ejemplo, sino que exigió amor a sus seguidores, al decir: “Un mandamiento nuevo les doy: Que se amen los unos a los otros, como yo los he amado.” - Juan 13:34

Este espíritu de amor no fue plenamente comprendido ni apreciado por el joven rico, al que se le dijo que vendiera todo lo que tenía y lo diera a los pobres, pero luego se fue triste (Mat. 19:16-22; Lucas 18:18-23). Al

seguir la ley de la autoconservación, había acumulado bienes mundanos para sí mismo, y no estaba preparado para compartirlos con otros. Los discípulos estaban perplejos ante el consejo de Jesús al joven rico, que parecía reflejar un abandono imprudente de todo interés propio.

EL VERDADERO DISCIPULADO

Pedro entonces dijo a Jesús: “Todo lo hemos dejado por seguirte; ¿qué ganamos con eso?” (Mat. 19:27) Pedro le recordaba al Maestro que como sus discípulos habían cumplido con las condiciones que trataba de imponer al joven rico gobernante. Su todo no era tanto como el de este joven, pero el principio era el mismo. Habiendo hecho este sacrificio, naturalmente querían saber lo que podían esperar obtener a cambio. La pregunta de Pedro revela que aún no había apreciado el verdadero espíritu del discipulado. Tal vez esperaba recibir algo en el camino del honor y el prestigio. En lugar de ser un humilde pescador, puede haber deseado una posición prominente en el reino del Mesías, ser un gobernante, o uno grande entre los hombres.

Jesús respondió: “Les aseguro, que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, esposa, hijos o tierras recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.” (Vv. 28, 29) No debemos tener la idea equivocada de este pasaje de que el Señor desea que los cristianos sacrifiquen a otros. Sería un error privar a nuestras familias de las comodidades y provisiones necesarias. Sin embargo, después de haber hecho esto, el excedente es del Señor.

TOMA TU CRUZ

Cuando Jesús anunció a sus discípulos que iba a Jerusalén y que esperaba ser arrestado allí y condenado a muerte, Pedro no quiso entenderlo. “Entonces Pedro lo llevó aparte, y comenzó a reprenderlo, diciendo: ¡De ninguna manera, Señor! Eso no te sucederá jamás.” La respuesta de Jesús a esta bien intencionado declaración fue: “Aléjate de mí, Satanás; quieres que tropiece; porque no piensas en las cosas que son de Dios, sino en las de los hombres.” (Mat. 16:22, 23) Pedro estaba tratando de persuadir al Maestro de que debía permitir que el interés propio le influyera, y no ir a Jerusalén donde sabía que sus enemigos esperaban.

Pedro estaba promoviendo involuntariamente la causa de Satanás, quien siempre anima a las personas a considerarse a sí mismas primero. Los del mundo, sobre los cuales Satanás es el príncipe, con mayor frecuencia piensan primero en sí mismos. Es abiertamente su forma de vida, y lo ha sido desde los días del Edén, pero no es el camino de Dios. “Luego Jesús dijo a sus discípulos: el que me quiera seguir, que se niegue a sí mismo, que cargue su cruz y me siga. Porque el que salve su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mi causa, la salvará.” - Vs. 24, 25

Jesús incluso entonces iba a perder su vida en sacrificio por toda la humanidad. En términos generales, en la sociedad de hoy la mayoría considera tonto pensar en alguien más que en sí mismos. Jesús, sin embargo, apelaba a la mente y al corazón de Pedro y los demás discípulos al dirigir su atención al hecho de que sus vidas serían salvadas a la manera de Dios, no siguiendo el principio mundano del “yo primero”.

Vencer al mundo significa que, como cristianos, estamos en contra del principio del egoísmo con el que

estamos rodeados. Ponemos nuestras vidas desinteresadamente al servicio a Dios, la Verdad y los hermanos (Fil. 3:7, 8; 1 Juan 3:16). No estamos llamados a estar “fuera del mundo”, o a vivir aislados del mundo (Juan 17:15). Por el contrario, aunque estamos en el mundo, debemos permanecer diferenciarnos de sus principios y estándares, y no permitarnos ser influenciados por su espíritu egoísta. La prueba sobre nosotros es que mientras vivimos y trabajamos físicamente en el mundo, no debemos conformarnos con su espíritu general, sino seguir esforzándonos por perder nuestras vidas en la causa del amor divino. - Rom. 12:2

EL BAUTISMO HASTA LA MUERTE

Una rica bendición espera a los cristianos cada año al conmemorar el sacrificio de la muerte de nuestro Señor Jesús. Compartir de manera simbólica el pan y el vino representa nuestra apropiación de los beneficios de su sacrificio (Mat. 26:26-29). Habiendo recibido así los beneficios de su sacrificio, nos regocijamos en la gracia divina hacia nosotros y recordamos nuestro privilegio también del sacrificio, de “morir diariamente”, por así decirlo, negándonos a nosotros mismos, y poniendo nuestras vidas al servicio de la voluntad de Dios (1 Cor. 15:13). Esto podría incluir el ostracismo del mundo, el gasto de fuerza física, o ser heridos por quienes nos han calumniado con sus palabras.

El nuestro es un bautismo en la muerte de Jesús. “¿Acaso no sabéis que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte. De modo que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por el glorioso poder del Padre, también nosotros resucitaremos

a una vida nueva. Porque si hemos estado unidos a él en una muerte como la suya, sin duda también estaremos unidos a él en su resurrección.” - Rom. 6:3-5

Hemos recibido una invitación especial para seguir los pasos de nuestro querido Señor y Maestro. “Seguirlo” significa que nuestras experiencias en el mundo serán similares a las suyas. Jesús explicó: “Les aseguro que ningún siervo es más que su amo, ni ningún mensajero más que el que lo envió.” (Juan 13:16) A aquellos que siguen fielmente los pasos del Maestro, incluso si son “odiados sin causa”, se les da la promesa: “Al que salga vencedor le daré el derecho de sentarse conmigo en mi trono, como también yo vencí y me senté con mi Padre en su trono.” Ap. 3:21 ■